

EL  
CONDE HIPÓLITO

CUENTO

DE OFFMANN

EL

## CONDE HIPÓLITO

---

Acababa de entrar el conde Hipólito de vuelta de sus largos viajes, en la posesión de los ricos dominios que le pertenecían por muerte de su padre. Su castillo patrimonial estaba situado en una campiña fértil y risueña, y las rentas de sus propiedades podían bastarle para los más costosos adornos. El joven conde quiso ver á su lado todo lo que le había admirado en el extranjero durante sus viajes, y especialmente la elegancia, el gusto y el lujo de los jardines ingleses.

Llamó al castillo á muchos obreros y artistas de habilidad; se empezaron las obras, se hizo el plano de un jardín inmenso siguiendo un buen estilo, y la iglesia, el cementerio y la casa del párroco se hallaron unidos al bosque artificial.....

El conde poseía bastante número de conocimientos, y pudo dirigir por sí mismo los trabajos; se entregó completamente á sus ocupaciones favoritas y pasó un año entero de este modo, sin que jamás tuviese la tentación de seguir los consejos de su anciano tío, quien quería que ostentase el brillo de su mérito y riquezas ante los ojos de las señoritas de la comarca, y escogiese para esposa á la más bella, virtuosa y noble.

Un día por la mañana estando sentado en su carpeta y trazando el plano de un nuevo edificio, entraron á anunciarle la visita de una baronesa anciana, parienta lejana

de su padre. Hipólito se acordó al oír su nombre, de que su padre había hablado muchas veces de aquella mujer con profunda indignación y como horrorizado : se acordó también de que hasta aconsejaba á los que trataban de entrar en relaciones con ella que huyesen de un ser tan peligroso ; pero sin citar jamás ningún hecho que justificase sus palabras. Á todo el que insistía en preguntarle sobre este punto, le contestaba : Hay ciertas cosas que vale más callarlas que decirlas. Lo cierto es que en toda la comarca corrían varios rumores sordos y misteriosos que se referían á una causa criminal muy grave y extraordinaria en que se decía que estaba complicada la baronesa : habíase visto en la necesidad de apartarse de su marido, de abandonar su país natal, y aquel asunto no siguió á mayores, gracias á la clemencia del príncipe.

Hipólito tenía cierta repugnancia en ver otra vez á una persona que siempre había inspirado horror á su padre, aun cuando por otra parte ignoraba en qué motivo se fundaba aquella aversión. Pero los derechos de la hospitalidad, dignos en todas partes de respeto, y respetados siempre en el campo, le obligaban á recibir cortesmente aquella visita tan importuna. La baronesa obtuvo, pues, entrada. Esta mujer, aunque ya de bastante edad, nada tenía de fea, y sin embargo, jamás había visto el joven conde mujer alguna que tuviese á sus ojos más desagradable y repugnante aspecto. Al acercarse á él le echó una mirada viva y penetrante, bajó luego los ojos y le pidió, casi con humildad, que le dispensase una visita tan extraordinaria é inesperada.

Dijo, entre otras cosas, que el padre del conde, dominado por las más raras preocupaciones y por las pérdidas insinuaciones de sus enemigos, la había detestado toda su vida y hasta en sus últimas horas : que reducida á la mayor pobreza, á la indignancia más vergonzosa, jamás

había recibido el menor socorro de su mano : que hallándose, de repente y contra lo que esperaba, en posesión de una corta cantidad, había podido dejar aquella aldea para volverse á un pueblecito bastante lejano, y en fin que al emprender este viaje no había podido resistir al deseo de ver al hijo de un hombre á quien había tenido siempre en tan alta estimación, á pesar de su odio implacable y de sus prevenciones injustas.

La baronesa daba á sus palabras el acento persuasivo de la verdad, y el conde se sentía tanto más conmovido, cuanto más apartaba sus miradas del arrugado rostro de su parienta anciana para fijarlos en el de la amable y linda joven que la acompañaba.

La baronesa había acabado de hablar. El conde no había reparado en ello y permanecía mudo.

« Perdonad, dijo ella, que lo turbada que estoy no me haya permitido presentaros á mi hija Aurelia. »

El conde al oír estas palabras recobró el uso de la suya ; se sonrojó y balbuceó algunas con la timidez propia de todo joven enamorado, y suplicó á la baronesa que le permitiese procurar la reparación de los errores y sin razones de su padre, y aceptase por lo pronto una habitación en el castillo.

En el entusiasmo de sus afectuosas protestas, le tomó una mano á la baronesa ; pero de repente le faltaron las palabras y la respiración, y circuló por sus venas un estremecimiento helado. Sintió como si apretasen convulsivamente sus manos unos dedos muertos y fríos, y aquel rostro pálido y descarnado, cuyos apagados ojos le miraban sin verle, le parecían el rostro de un cadáver, más repugnante aún con tan hermoso vestido.

» ¡Oh Dios mío ! ¡qué desgracia ! ¡ Y en un momento semejante ! exclamó Aurelia con un acento suave y lastimero que llegaba al alma. Mi pobre madre, continuó, padece ataques de nervios ; pero le pasan pronto y sin

que haya necesidad de apelar á remedio alguno. »

El conde hizo un esfuerzo para desprender su mano de la mano de la baronesa, y sintió de nuevo el calor suave de la vida y del amor al tomar la mano de Aurelia para llevársela á los labios. Aunque ya casi entraba en la edad madura, el conde sentía entonces por primera vez todo el poder del amor, por lo que le fué menos posible el ocultar sus sentimientos; el candor y la amabilidad de Aurelia encendieron en su corazón las más dulces esperanzas.

La baronesa volvió en sí algunos minutos después, y como si ya no se acordase de su ataque nervioso, dijo que su joven pariente le hacía la más alta honra invitándola á vivir en el castillo, y que desde aquel día estaba dispuesta á olvidar todas las sinrazones de su padre.

Así había poblado repentinamente su soledad el conde Hipólito y bendecía á la Providencia, que parecía como que traía á sus brazos á la única mujer que podía amar en el mundo, á una esposa tiernamente adorada que debía embellecer su existencia. La anciana baronesa observaba siempre la misma conducta. Grave, silenciosa y abstraída, se mostraba buena y sensible algunas veces, y su corazón se ensanchaba al contemplar la alegría inocente y pura de los dos amantes.

Íbase acostumbrando el conde á su pálido y cadavérico rostro, tan descarnado como el de un espectro: atribuía tan horrorosa delgadez á las enfermedades y á la devoción mística y sombría de la baronesa, pues había sabido por sus criados que salía frecuentemente de noche, y atravesando el parque se encaminaba al cementerio. Avergonzabase de haber hecho al principio demasiado caso de las preocupaciones de su padre: en vano le instaba el anciano tío á que tratase de vencer el sentimiento que le había subyugado y á que renunciase á una

alianza que tarde ó temprano le conduciría infaliblemente á su pérdida: todas sus amonestaciones eran inútiles. El conde tenía la agradable certeza de ser amado: pidió la mano de Aurelia, y la baronesa acogió con placer la petición porque su cumplimiento le haría subir de la profunda miseria en que se hallaba á la opulencia de que antes había gozado. No se volvió á ver desde entonces en el rostro de Aurelia aquella palidez, ni aquella alteración, signos-harto visibles de un dolor insuperable: la alegría del amor brillaba en sus ojos y coloreaba sus mejillas con sonrosadas tintas.

La mañana del día prefijado para el matrimonio, ocurrió una espantosa desgracia que echó por tierra las esperanzas del conde Hipólito: sus criados habían encontrado á la baronesa tendida y sin movimiento en el jardín, cerca ya del cementerio, con la cara contra el suelo, y la llevaban al castillo en el instante mismo en que el conde acababa de despertarse con la deliciosa certeza de una felicidad inmediata.

Al principio creyó el conde Hipólito que le habría dado otro ataque nervioso; pero estaba muerta. El dolor de Aurelia fué modo y tranquilo como si el golpe que acababa de matar á su madre hubiera paralizado todos sus miembros. El conde le recordó con los más delicados rodeos que en adelante sería una huérfana, y que á pesar de la muerte de su madre era preciso apresurar el día del matrimonio y sacrificar los trámites de costumbre para conformarse á lo que exigía el decoro. Aurelia se echó en los brazos de Hipólito derramando un torrente de lágrimas, y exclamó con acento desgarrador: « Si, sí; ¡ por amor de Dios! ¡ para bien mío! ¡ sí! »

El conde atribuyó estas expresiones al dolor de la pobre huérfana y al temor que tenía de verse en la necesidad de abandonar el castillo en que el decoro le impe-

día permanecer por más tiempo. Quiso que desde el día siguiente fuese á acompañarla una mujer anciana y digna de respeto, y algunas semanas después se celebró en el castillo el matrimonio de Hipólito y de Aurelia sin que ningún accidente fuese á turbar [aquel día tan dichosa alianza. Pero ni los padecimientos ni la irritación de Aurelia se había calmado hasta aquel día : muchas veces, en medio de las más dulces frases amorosas, se levantaba de repente pálida, trastornada y con los ojos llenos de lágrimas, y se echaba en los brazos del conde, como para unirse á él, y defenderse de un poder invisible que quería arrastrarla á su pérdida. « ¡No! ¡jamás, jamás! » exclamaba. El conde debía sospechar la existencia de algún misterio fatal ; pero mientras que habían durado los padecimientos de Aurelia ; mientras que ella había guardado silencio, él había tenido la discreción de no preguntarle nada sobre este punto. Pero aquel día en que era ya su esposa, y en que parecía estar más tranquila, se atrevió á preguntarle con dulzura la causa de tan singular tristeza. Aurelia le contestó que tendría gran placer en confiar todos los secretos de su corazón al esposo que adoraba.

¡Cuál no fué la sorpresa del conde al saber que solamente la horrorosa conducta de la baronesa había causado todos los pesares y desgracias de su hija !

» ¡ Qué cosa hay más horrible en el mundo, dijo Aurelia, que el verse en la necesidad de maldecir y detestar á su madre ! »

De suerte que ni el padre ni el tío de Hipólito se habían equivocado : ¡ éste era el que únicamente había dejado de conocer la hipocresía de la baronesa ! su muerte era una felicidad para su hija y para su yerno.

« Cuando murió mi madre, continuó Aurelia, no sé qué siniestros presentimientos se apoderaron de mi : era una inquietud horrible que yo no podía dominar ; temía

que la muerta se levantase de la tumba y viniese á arrancarme de los brazos de mi esposo para arrastrarme consigo al abismo.

» No he conservado más que un recuerdo confuso de los primeros años de mi vida ; pero me acuerdo de que una mañana oí al despertarme una algazara espantosa en mi casa : se oía abrir y cerrar puertas : resonaban varias voces desconocidas y todas á un mismo tiempo. Después, restablecido el silencio, llegó una erriada al aposento en que me hallaba, me tomó en brazos y me llevó á una habitación grande en donde vi muchos hombres ; en medio, sobre una gran mesa, estaba tendido el hombre que jugaba frecuentemente conmigo, que me daba bombones, y á quien llamaba yo papá ; extendi mis manos hacia él porque deseaba darle un beso : vi que sus labios, tan calientes en otro tiempo, estaban frios, y me eché á llorar sin saber por qué. La criada me llevó á otra casa en donde estuve mucho tiempo ; un día fué por mi una mujer en un carruaje para llevarme á su casa : esta mujer era mi madre.

» Tendría yo unos diez y seis años cuando vi en casa de la baronesa á un hombre, á quien ella trataba con dulzura y familiaridad, como si fuera un amigo antiguo : sus visitas eran cada vez más frecuentes, y de allí á poco tiempo cambió completamente el aspecto de la casa. Mi madre había estado viviendo en una pobre guardilla, y sus vestidos y su alimento indicaban su pobreza ; pero de repente alquiló un hermoso piso del barrio mejor de la ciudad, se compró magníficos vestidos, se dió buenas trazas con el caballero que diariamente comía en su mesa, y tomó parte en todas las fiestas del pueblo. Este cambio de posición, que mi madre debía indudablemente al caballero, no ejerció sobre mi destino la más mínima influencia : siempre vivía tan miserablemente, y siempre estaba encerrada en mi habitación, mientras que mi madre dis-

frutaba de todas las diversiones en compañía del desconocido.

» Este, aunque tenía ya cuarenta años, parecía fresco y joven : era alto y de hermosas y nobles facciones ; sin embargo, me desagradaba, porque bajo la afectada elegancia de sus modales había muchas veces cierta torpeza y trivialidad. Empezaba á mirarme de tal modo que me hizo estremecer de horror, y llegó á inspirarme una aversión que no podía explicarme á mi misma. Hasta entonces jamás me había dicho ni una palabra mi madre acerca de aquel caballero ; pero desde aquellos dias empezó á hablarme de él con mucha frecuencia, añadiendo que era un hombre muy rico y pariente nuestro, aunque lejano. Me celebraba su figura y sus cualidades, preguntándome además si me gustaba. No le oculté la aversión que le tenía, y la baronesa me lanzó una mirada que me hizo temblar, y me puso de necia y de impertinente ; pero bien pronto llegó á ponerse conmigo mucho más amable que antes. Tuve hermosos adornos, me vestí á la moda, y gocé también de las diversiones públicas : aquel caballero hacía cuanto le era posible por agradarme ; pero mientras mayores eran sus esfuerzos, más despreciable aparecía á mis ojos.

» Una horrorosa casualidad alarmó bien pronto mi cándida inocencia, y me descubrió la horrible depravación de mi madre y del desconocido. Este, hallándose ebrio un dia, me estrechó en sus brazos de un modo que no dejaba ya duda alguna acerca de sus infames proyectos ; la desesperación me dió las fuerzas propias de un hombre ; lo empujé, lo tiré al suelo, y corrí á encerrarme en mi aposento. La baronesa vino después, y me dijo que aquel caballero sostenía la casa ; que ella no tenía deseos de volver á su antigua indigencia, y que por consiguiente mi gazmoñería en adelante sería muy necia é inútil : en fin, que debía someterme á la voluntad de aquel hombre,

porque de no hacerlo, la había amenazado con abandonarla.

» Sin hacer el menor caso de mis lágrimas ni de mis súplicas, la baronesa, riéndose á carcajadas, se puso á hablarme de aquel asunto con una impudencia é inmoralidad que me indignaron.

» Era perdida si no huía ; únicamente la fuga podía salvarme : me procuré una llave de la puerta de la calle, hice un lío de las cosas que más necesitaba, y á media noche, á la hora en que creí que mi madre dormía con un sueño profundo, pasé silenciosamente por su recibimiento débilmente alumbrado.

» Iba ya á salir, cuando de repente oigo que la puerta de la casa se abre con grande estrépito. La baronesa viene á caer junto á mí, vestida con un mezquino jubón, con los brazos y hombros desnudos y los cabellos tendidos y flotantes. El desconocido la perseguía, gritando con feroz acento : « Espera, vil Satanás, hechicera infernal, voy á prepararte tu festín de novia. » Y la arrastró de los cabellos por toda la habitación, y se puso á apalearla con un gran palo que tenía en la mano.

» Trastornada toda y fuera de mí, abrí la ventana y di gritos llamando á la guardia. Una patrulla que pasaba á la sazón, entró en la casa. « Cogedlo, exclamó la baronesa que se torcía de rabia y de dolor á un mismo tiempo ; prendedlo ; aseguradlo bien : miradle los hombros, es..... »

» Apenas había pronunciado su nombre la baronesa, cuando el sargento que mandaba la patrulla lanzó un grito de alegría : « ¡ Oh ! ¡ Por fin te cogimos, Urián ! » Y los soldados se lo llevaron á pesar de su resistencia.

» Á pesar del tumulto que se había armado, no había dejado de conocer la baronesa cuáles eran mis intenciones. Se contentó con agarrarme bruscamente del brazo, meterme á empujones en su aposento, y cerrar la puerta

sin decir una palabra. Salió por la mañana, y no volvió hasta la noche: pasé todo el día en mi encierro sin ver á nadie y sin beber ni comer.

» Muchas veces me miraba la baronesa con ojos chispeantes de cólera, y parecía como que luchaba con algún pensamiento horroroso.

» Finalmente, una noche, después de haber leído una carta, cuyo contenido la había tranquilizado, me dijo: « ¡ Orgullosa ! tú eres la causa de mi desgracia ; pero ya pasó la tempestad : ojalá que no caiga sobre tu cabeza el castigo que el genio del mal te preparaba.

» Desde aquel día se puso más amable conmigo ; no pensé en la fuga y logré tener más libertad. Algunos días después, estando sentada á la ventana, oí gran ruido en la calle. La camarera vino á anunciarme que llevaban atado al hijo del verdugo, que había estado preso por saltador de caminos, y se había escapado al pasarlo de las prisiones de la ciudad á la cárcel de reclusión.

» Apoderóse de mí una sospecha horrorosa ; asomé la cabeza y vi que no me había equivocado ; era el desconocido, atado y arrastrado en una carreta, y seguido por una escolta numerosa. Próxima á desmayarme, caí sobre un sillón y vi que el malvado fijaba en mí su mirada, y que levantaba sus puños cerrados, haciendo un gesto amenazador.

» La baronesa salía entonces con más frecuencia y me dejaba siempre sola. La camarera había entrado á nuestro servicio después de la noche fatal de que os he hablado, y no podía saber más que por oídas que aquel infame había vivido en la mas íntima unión con la baronesa ; vino á decirme que en el pueblo tenían mucha lástima á la señora baronesa por haber sido engañada cruelmente por tan malvado impostor. Harto sabía yo que aquella compasión era inmerecida ; y además, si los soldados habían cogido al malvado en su casa, si ella

misma había dicho á gritos que le mirasen las cicatrices que tenía en los hombros, ¿ cómo no habían de estar convencidos de que la baronesa conocía perfectamente al hijo del verdugo ? La camarera me refería, no sin muchos rodeos y ambages, cuantos rumores corrían por el pueblo ; se decía que la justicia había hecho un vigorosísimo sumario y que hasta la misma baronesa corría el riesgo de que la prendiesen : tales habían sido las declaraciones del reo.

» ¡ Desgraciada de mí ! Todavía mi madre me hizo comprender mejor su imprudencia, atreviéndose á permanecer en el pueblo después de tan horroroso acontecimiento.

» En fin, para librarse de sospechas vergonzosas y harto fundadas, se vió en la necesidad de huir y retirarse á una provincia lejana. En aquel viaje fué cuando vino, y desde entonces sabéis todo lo que ha pasado. Ya me creía dichosa ; ya había dejado á un lado todas mis inquietudes ; mas ¡ ay ! un día que hablaba yo con transportes de júbilo de los favores de la Providencia, que nos había conducido á estos lugares, mi madre exclamó con ojos enfurecidos y con roncós acentos :

» ¡ Maldita criatura ! tú eres quien hace mi desgracia ; pero en medio de tu quimérica felicidad, caerá sobre ti la venganza, aun cuando muera yo de repente. Estas convulsiones horrorosas que debo á tu nacimiento, el pérfido Satanás..... »

Aurelia no pudo decir más y se arrojó en los brazos de Hipólito : « Perdonad, le dijo, que no os repita las imprecaciones de mi madre. Mi corazón se desgarró cuando pienso en tan horribles amenazas, y en las desdichas espantosas que acaso me prepara entre las negras potestades del infierno. »

El conde Hipólito consoló á su esposa lo mejor que pudo, aun cuando también se hallaba helado de horror y

de espanto. Mas tranquilo después, conoció que aunque había muerto la baronesa, sólo el recuerdo de su atroz depravación bastaría para teñir con tintas pálidas y lúgubres todo el resto de su vida, todos los días de una vida que había esperado pasar en la más ardiente felicidad.

Al cabo de algún tiempo había cambiado mucho la condesa. Al ver la palidez de su rostro y lo apagado de sus ojos, se hubiera creído que estaba enferma; pero su turbación, su inquietud y su humor áspero y sombrío indicaban que se hallaba devorada interiormente por un mal oculto. Huía de la vista de su esposo; ya se encerraba en su habitación, ya buscaba en el jardín los puntos más solitarios, y cuando volvía á presentarse, sus ojos marchitados por las lágrimas, y sus facciones alteradas denunciaban los tormentos que había padecido. El conde, después de haber investigado en vano cuál sería la causa de semejante tristeza, se abandonaba á su desesperación, y quien únicamente le tranquilizó fué un médico, diciéndole que en las mujeres de temperamento melancólico é irritable, como el de la condesa Aurelia, aquel cambio, que tanto alarmaba al conde, era generalmente un síntoma de embarazo.

Un día hallándose comiendo con los dos esposos, aventuró el médico algunas alusiones sobre este punto. La condesa al parecer lo oía todo sin escucharlo; pero poco á poco fué prestando más atención, y más especialmente cuando el médico se puso á contar los extravagantes antojos que tenían las mujeres que se hallaban en cinta, antojos que debían de satisfacer so pena, en caso contrario, de perder la salud ó de hacer daño á su hijo. Hizo infinidad de preguntas, y el doctor, como práctico consumado, sacó de su memoria un sinnúmero de historias curiosas y divertidas.

» Se han visto mujeres, dijo, á quienes monstruosos antojos han arrastrado al crimen.

Por ejemplo: la mujer de un herrero tenía un apetito prodigioso de la carne de su marido, y un día que entró el herrero en su casa completamente ebrio, se echó sobre él con un gran cuchillo en la mano, y le dió tales y tantas puñaladas, que murió á las pocas horas. »

Apenas había pronunciado el médico estas palabras, cuando la condesa cayó desmayada en su sillón: á este desmayo siguió un ataque nervioso que costó mucho trabajo calmar. Conoció el doctor su imprudencia, y se arrepintió de haber contado semejantes horrores en presencia de una mujer tan débil de nervios.

Se creyó sin embargo que aquella crisis había producido resultados favorables á la salud de la condesa; pero bien pronto la extravagancia de su mal humor, el fuego sombrío con que brillaban sus ojos y la palidez de su rostro siempre en aumento, inspiraron al conde nuevas sospechas y crueles inquietudes. Lo más inexplicable de cuanto ocurría á la baronesa en el estado en que se hallaba, era que no atravesaba un bocado cuando se sentaban á comer; le repugnaban extraordinariamente todos los platos, y principalmente la carne; pero en tal extremo, que á veces se veía en la necesidad de levantarse de la mesa. El médico se perdía en sus conjeturas, y ni los ruegos, ni las más tiernas súplicas de su esposo, nada en el mundo hacía que la condesa se sometiera al más ligero precepto del doctor.

Pasábanse las semanas y los meses sin que tomase un bocado de pan, y sin embargo, vivía: ¿y cómo es que vivía? El médico declaró que allí debía de haber un misterio impenetrable á la medicina, ciencia infalible, si alguna puede haber que lo sea. Dejó el castillo dando un frívolo pretexto; pero el conde comprendió que el doctor, no pudiendo ó no atreviéndose á explicar el estado en que se hallaba la condesa, se alejaba para no ser testigo de una desgracia que no podía impedir. Figúrese



cualquiera, con tan tristes reflexiones, cuál sería la inquietud del conde Hipólito : pero no era esto todo.

Un criado antiguo, aprovechando una hora en que el conde estaba solo, vino á decirle que la condesa salía todas las noches del castillo y no volvía hasta por la mañana. Él se horrorizó, y se acordó de repente que hacía muchos días que sentía á cosa de las doce de la noche, y contra su costumbre, un gran deseo de dormir : la condesa, que dormía en el mismo cuarto de su marido, contra lo que generalmente se hacía en las casas de los nobles, le daba sin duda alguna bebida narcótica para que no la sintiera salir. Asaltáronle mil sospechas : pensó en la horrorosa depravación de su suegra, que tal vez se iba á reproducir en la hija ; temió unas relaciones infames, un adulterio, y se acordó del hijo del verdugo.

La noche siguiente debía de revelarles el horrible secreto y explicarle la enfermedad de Aurelia. La condesa tenía la costumbre de prepararle por sus mismas manos el té todas las noches, retirándose después de habérselo servido. Aquella noche el conde no bebió ni una gota, leyó después de acostado, como solía hacer siempre, y cuando dieron las doce, observó que no tenía sueño como las noches anteriores : sin embargo, se hundió bajo la cubierta de su cama, y fingió que estaba profundamente dormido. Entonces la condesa se bajó suavemente de la suya, se acercó á la del conde, lo miró, y salió calladamente de la habitación.

Algunos minutos después ; se levantó el conde, se colgó una capa á los hombros y siguió las huellas de la condesa. Hacia una luna clarísima, y aunque Aurelia le había tomado mucha delantera, le fué fácil seguir con la vista su largo vestido blanco.

Ella atravesó el jardín, se encaminó al cementerio y desapareció por detrás de sus tapias : el conde apretó el

paso, y llegó á la puerta del cementerio admirándose de hallarla abierta. Allí encontró varias mujeres ancianas y medio desnudas, que parecían otros tantos espectros espantosos al resplandor de la luna ; tenían los cabellos sueltos, y estaban agrupadas y formando un semicírculo alrededor de un cadáver que devoraban como lobas. ¡ Aurelia estaba con ellas !

El conde, sobrecogido de mortal espanto y creyéndose perseguido por todos los monstruos del infierno, huyó y corrió sin detenerse hasta las alamedas del jardín : al amanecer se halló cubierto de un sudor frío á la puerta del castillo. Incapaz de tomar la menor resolución, subió maquinalmente la escalera, atravesó por las habitaciones y llegó á su alcoba. La condesa dormía en dulce y tranquilo sueño, y el conde hizo por creer que todo lo que había visto era sólo efecto de una obcecada alucinación ; pero su excursión nocturna era un hecho demasiado cierto, y el manto de Aurelia, húmedo del rocío, deponía en contra de ella : entonces se empeñó en creer que le engañaban sus ojos.

† Sin esperar á que la condesa se despertase, salió de la alcoba, se vistió y montó á caballo : el fresco de la mañana, el perfume de la primavera, y el canto alegre de las aves, que parecían saludarla, disiparon las tristes imágenes de la noche, y volvió al castillo tranquilo y consolado. Á la hora de comer se puso con su mujer á la mesa : sirvieron un estofado, y Aurelia se levantó manifestando profundo disgusto, y quiso salir del comedor ; entonces se fijó en la imaginación del conde Hipólito la escena del cementerio en toda su verdadera plenitud, y levantándose enfurecido, exclamó con furibundo acento :

— Infame aborto del infierno : comprendo muy bien la repugnancia que tienes á los alimentos : ; en los sepulcros es adonde vas á buscar tu salud, vil Satanás !

Apenas pronunció estas palabras, se arrojó la condesa sobre él y le mordió en el pecho, como una hiena furiosa. El conde, empujándola con violencia, la hizo caer á sus pies, y la vió morir en medio de las más horribles convulsiones. — El conde Hipólito se volvió loco.

FIN DEL TOMO TERCERO Y ÚLTIMO

## INDICE

	Pág.
XII. — El sello negro . . . . .	3
XIII. — La muerte de Luis XV . . . . .	43

### LA MUJER DEL COLLAR DE TERCIOPELO

I. — El Arsenal . . . . .	29
II. — El Arsenal . . . . .	38
III. — El Arsenal . . . . .	51
IV. — El Arsenal . . . . .	61
V. — La familia de Hoffmann. . . . .	72
VI. — Un enamorado y un loco . . . . .	79
VII. — El maestro Gottlieb Murr . . . . .	89
VIII. — Antonia. . . . .	102
IX. — El juramento . . . . .	110
X. — Una barrera de París en 1793 . . . . .	120
XI. — De cómo estaban cerrados los museos y las bibliotecas y abierta la plaza de la Revolución . . . . .	131
XII. — El juicio de París . . . . .	140
XIII. — Arsenia. . . . .	149
XIV. — La segunda representación del <i>Juicio de París</i> . . . . .	160
XV. — El Café . . . . .	169
XVI. — El retrato . . . . .	178
XVII. — El tentador . . . . .	186
XVIII. — El número 413 . . . . .	193
XIX. — El medallón . . . . .	203
XX. — Un hotel de la calle de Saint-Honoré . . . . .	211
XXI. — Un hotel de la calle de Saint-Honoré. . . . .	222
ADVERTENCIA . . . . .	233